

James Joyce

Ulises

Traducción de **Carlos Manzano**

Con la colaboración especial de **Jackie DeMartino**

Navona

Primera edición

Septiembre de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Estefanía Martín

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Papel cubierta Geltex K

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19311-13-9

Depósito legal B 10764-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *Ulysses*

James Joyce

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

© de la traducción: Carlos Manzano, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Buck Mulligan, majestuoso y macizo, apareció en lo alto de los escalones, portador de un cuenco cubierto de espuma en el que descansaban, cruzados, una navaja de afeitar y un espejo de mano. La suave brisa de la mañana le hinchaba por detrás, levemente, la bata amarilla sin cinturón. Alzó el cuenco y salmodió:

—*Introibo ad altare Dei.*

Después se detuvo y, mientras escrutaba la sombra de la escalera de caracol, exclamó con tono grosero:

—Sube, Kinch; sube, jesuita abominable.

Y con paso solemne avanzó y subió a la plataforma circular de tiro. Tras volverse hacia la torre, el campo circundante y las montañas que despertaban, los bendijo, muy serio, tres veces. Entonces, al advertir la presencia de Stephen Dedalus, se inclinó hacia él, al tiempo que trazaba rápidas cruces en el aire, movía la cabeza y glugluteaba. Stephen Dedalus, acodado en el último escalón, somnoliento y contrariado, observaba con frialdad el gluglutante y largo rostro equino en movimiento que lo bendecía y su veteada cabellera sin tonsura y de color de roble claro.

Buck Mulligan echó un vistazo rápido bajo el espejo de mano y después cubrió el cuenco con un gesto rápido.

—Vuelta al cuartel —dijo, categórico.

Y con tono de predicador, añadió:

—Pues esto, queridísimos, es la verdadera esencia cristina: cuerpo y alma, sangre y llagas. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, señores, un instante. Hay un problemilla con estos glóbulos blancos. Guarden silencio, todos.

Mirando hacia el cielo de reojo, emitió un largo y lento silbido, cual llamada, y después hizo, como arrobado, una pausa; sus dientes, blancos y uniformes, brillaban aquí y allá con fulgores dorados. Crisóstomo. Respondieron dos potentes y agudos silbidos que rasgaron la calma.

—Gracias, amigo —gritó con voz potente—. Así está bien. Corta la corriente, haz el favor.

Abandonó de un salto la plataforma de tiro y, mientras recogía en torno a sus piernas los pliegues sueltos de su bata, miró, muy serio, a su observador. El rostro llenito y en claroscuro y el contorno ovalado y hosco recordaban a un prelado medieval protector de las artes. Sus labios esbozaron una sonrisa agradable.

—¡Qué ironía —dijo, jovial— este absurdo nombre tuyo, de un griego de la Antigüedad!

Y, tras amenazarlo en broma con un dedo amistoso, se dirigió hacia el parapeto riendo para sí. Stephen Dedalus se levantó, lo siguió, agobiado, se sentó a medio camino en el borde de la plataforma de tiro y lo contempló, mientras equilibraba el espejo en el parapeto, mojaba la brocha en el cuenco y se cubría con espuma el cuello y las mejillas.

La alegre voz de Mulligan prosiguió:

—También mi nombre es absurdo: Malachi Mulligan, dos dáctilos, pero suena a helénico, ¿verdad? Saltarín y jubiloso como un cabrito. Debemos ir a Atenas. ¿Vendrás, si consigo que mi tía apoquine veinte billetes verdes?

Dejó a un lado la brocha y gritó, entre risas, encantado:

—¿Vendrá el insípido jesuita?

Después calló y empezó a afeitarse con cuidado.

—Dime, Mulligan —dijo Stephen con tono apacible.

—¿Qué, mi amor?

—¿Hasta cuándo va a quedarse Haines en esta torre?

Buck Mulligan mostró, por encima de su hombro derecho, una mejilla afeitada.

—¡Dios mío! ¡Qué horrible es! Un pesado sajón. A ti no te considera un caballero. ¡La Virgen, esos malditos ingleses! Rebo-santes de dinero e indigestión. Es que viene de Oxford. Mira, Dedalus, tú sí que tienes los verdaderos modales de Oxford. Él no está capacitado para entenderte. Oh, el nombre que yo te he dado es el mejor: Kinch, filo de navaja.

Se afeitaba la barbilla con tacto.

—Ha pasado toda la noche desvariando: que si había una pantera negra —dijo Stephen— y que dónde estaría su estuche de fusil.

—Un pobre lunático —dijo Mulligan—. ¿Te ha dado miedo?

—Sí —dijo Stephen con energía y cada vez más asustado—. Aquí, en la obscuridad, con un desconocido que desvariaba y gemía para sí que si iba a disparar a una pantera negra. Tú has salvado a hombres que estaban a punto de ahogarse, pero yo no soy un héroe. Si se queda aquí, yo me marchó.

Buck Mulligan frunció el ceño ante la espuma acumulada en la hoja de su navaja. Saltó del parapeto y se puso a hurgarse, presuroso, en los bolsillos del pantalón.

—¡Qué mierda! —dijo con tono áspero.

Volvió a la plataforma y, tras meter la mano en el bolsillo del pecho de Stephen, dijo:

—Préstale a mi menda tu pañuelo para limpiar la navaja.

Stephen le dejó sacar un pañuelo sucio y arrugado y exhibirlo sujetándolo de una esquina. Buck Mulligan limpió cuidadosamente la hoja de la navaja y, tras quedarse mirándolo, añadió:

—El pañuelo del bardo, un nuevo color artístico para nuestros poetas irlandeses: verde moco. Casi se puede apreciar el sabor, ¿no?

Volvió a subirse al parapeto y, con su rubia cabellera de un roble pálido levemente agitada por la brisa, contempló la bahía de Dublín.

—¡Dios mío! —dijo con voz queda—. ¿Verdad que el mar es, como lo llama Algy, una gran madre dulce y gris? El mar ver-

de moco, el mar contraetéstículos. *Epi oinopa ponton*. ¡Ah, Dedalus, los griegos! Tienes que aprender. Debes leerlos en el original. *Thalatta! Thalatta!* Es nuestra madre grande y dulce. Ven a verla.

Stephen se levantó y se acercó al parapeto. Acodado en él, miró el mar y el barco-correo, que salía por la embocadura del puerto de Kingstown.

—Nuestra todopoderosa madre —dijo Buck Mulligan.

Volvió de pronto sus grandes ojos inquisitivos desde el mar hasta el rostro de Stephen.

—Mi tía cree que mataste a tu madre —dijo—. Ésa es la razón por la que se opone a que yo tenga la menor relación contigo.

—Alguien la mató —dijo Stephen, con expresión sombría.

—¡Maldita sea, Kinch! Podrías haberte arrodillado cuando te lo pidió tu madre agonizante —dijo Buck Mulligan—. Yo soy tan hiperbóreo como tú, pero, cuando pienso en tu madre rogándote con sus últimos suspiros que te arrodillaras y rezases por ella y en que te negaras... Hay algo siniestro en ti...

Se interrumpió y volvió a enjabonarse ligeramente la otra mejilla. Una sonrisa tolerante le onduló los labios.

—Pero un comediante encantador —murmuró para sí—: Kinch, el más encantador de todos ellos.

Se afeitaba por igual, con cuidado, en silencio y muy serio.

Stephen, con un codo apoyado en el irregular granito y la palma en la frente, miró el deshilachado borde de la negra y reluciente manga de su chaqueta. Un dolor que no era aún el del amor agitaba su corazón. Después de su muerte, ella había vuelto hasta él, en un sueño, en silencio, con el cuerpo consumido dentro de su holgada mortaja de color carmelita, que exhalaba un tufo a cera y palo de rosa, y su aliento con tenue olor a ceniza húmeda al inclinarse hacia él, muda y con expresión acusatoria. Allende el raído borde del puño, vio el mar aclamado como una grande y dulce madre por la nutrida voz de su acompañante. El círculo de la bahía y el horizonte abarcaba una masa de líquido de un verde

apagado. Una palangana de loza blanca junto a su lecho mortuario había albergado la verde y viscosa bilis expelida por su podrido hígado entre sonoros accesos de vómitos y gemidos.

Buck Mulligan limpió de nuevo la hoja de su navaja.

—Ah, pobre cuerpo de perro —dijo con voz amable—. Tengo que darte una camisa y unos pañuelos. ¿Qué tal esos pantalones de segunda mano?

—Me quedan bastante bien —respondió Stephen.

Buck Mulligan abordó el hueco que quedaba bajo su labio inferior.

—¡Qué burla! —dijo con satisfacción—. «De segunda pierna» habría que decir. A saber de qué alcohólico sifilítico habrán sido. Tengo un par estupendo con un ribete gris. Te quedará precioso. Hablo en serio, Kinch. Cuando estás bien vestido, tienes muy buena pinta.

—Gracias —dijo Stephen—. Si son grises, no puedo ponerme los.

—No puede ponérselos —dijo Buck Mulligan dirigiéndose a su cara en el espejo—. La etiqueta es la etiqueta. Mata a su madre, pero no puede ponerse pantalones grises.

Cerró la navaja con cuidado y se acarició la suave piel con palmaditas de los dedos.

Stephen apartó la mirada del mar y la dirigió a la llenita cara de ojos ágiles y azules como humo.

—El tipo con el que estuve en *The Ship* anoche —dijo Buck Mulligan— dice que tienes p. g. d. Trabaja en la loquería con Connolly Norman. ¡Parálisis general de los dementes!

Describió con el espejo un semicírculo en el aire para difundir la noticia al sol, ya radiante sobre el mar. Sus curvos labios afeitados y los bordes de sus blancos y relucientes dientes reían. La risa embargó todo su sólido torso musculoso.

—¡Mírate —dijo—, bardo horrible!

Stephen se inclinó hacia el espejo que le ofrecían, atravesado por una grieta torcida, con el pelo erizado. Como me ven él y los

demás. ¿Quién eligió este rostro para mí? Este cuerpo de perro por despiojar. También él me lo pregunta.

—Lo he mangado en el cuarto de la marmota —dijo Buck Mulligan—. Se lo tiene merecido. Mi tía tiene siempre sirvientes feos: por lo de Malachi, para que no caiga en la tentación. Y se llama Ursula.

Riendo de nuevo, apartó el espejo de los escrutadores ojos de Stephen.

—¡La rabia de Calibán al no verse la cara en el espejo! —dijo—. Si al menos viviera Wilde para verte.

Stephen retrocedió, señalando con el dedo, y dijo con amargura:

—Es un símbolo del arte irlandés: el espejo agrietado de una sirviente.

Buck Mulligan cogió de pronto a Stephen del brazo y se paseó con él en torno a la torre, acompañado por el golpeteo de la navaja y el espejo en el bolsillo en el que los había guardado.

—Es inaceptable hacerte rabiar así, ¿verdad, Kinch? —dijo, amable—. Bien sabe Dios que vales más que todos ellos.

Ha esquivado otra vez. Teme la lanceta de mi arte, como yo la suya, la fría pluma de acero.

—¡El espejo agrietado de una sirviente! Cuéntaselo a ese bovino oxoniense de ahí abajo y sácale una guinea. Está podrido de dinero y cree que tú no eres un caballero. Su viejo se forró vendiendo jalapa a los zulúes o con alguna otra estafa. Dios mío, Kinch, si al menos pudiéramos trabajar juntos tú y yo, podríamos hacer algo por la isla, helenizarla.

El brazo de Cranly, su brazo.

—Y pensar que debas pedir limosna a esos canallas. Yo soy el único que sabe lo que eres. ¿Por qué no confías más en mí? ¿Qué tienes contra mí? ¿Es por Haines? Como haga ruido aquí, bajaré con Seymour y le daremos una buena, más que la que recibió Clive Kempthorpe.

Gritos de voces jóvenes y adineradas en la habitación de Clive Kempthorpe. Rostros pálidos: se sujetan las costillas de la risa

agarrándose unos a otros. ¡Ay, que me muero! ¡Dale la noticia con delicadeza, Aubrey! ¡Es que es para morirse! Con jirones de su camisa azotando el aire, salta a pata coja en torno a la mesa y con los pantalones en los tobillos, perseguido por Ades del Magdalen College, quien va armado con unas tijeras de sastre. Cara de cordero degollado dorada con mermelada. ¡No quiero quedarme sin los pantalones! ¡No quiero hacer de pato mareado!

Por la ventana abierta llegan gritos que sobresaltan el atardecer en el patio. Un jardinero sordo, con delantal y disfrazado con la cara de Matthew Arnold, empuja la cortadora por el sombrío césped y observa el baile de las briznas de hierba recién cortadas.

Por nosotros... neopaganismo... *ónfalos*.

—Déjalo quedarse —dijo Stephen—. Sólo molesta de noche.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó, impaciente, Buck Mulligan—. Suéltalo. Yo soy del todo franco contigo. ¿Qué tienes contra mí ahora?

Se detuvieron y contemplaron la desmochada punta de Bray Head, que yacía en el agua como el morro de una ballena dormida. Stephen se soltó el brazo con suavidad.

—¿Quieres que te lo diga? —preguntó.

—Sí, ¿a qué se debe? —respondió Buck Mulligan—. No recuerdo nada.

Miró a la cara de Stephen, mientras hablaba. Una brisita le acarició la frente, le abanicó el rubio pelo despeinado y agitó en sus ojos puntos plateados de ansiedad.

Stephen, deprimido por su propia voz, dijo:

—¿Recuerdas el primer día en que fui a tu casa después de la muerte de mi madre?

Buck Mulligan frunció, rápido, el ceño y dijo:

—¿Qué? ¿Dónde? No recuerdo nada. Sólo recuerdo ideas y sensaciones. ¿Por qué? Por amor de Dios, ¿qué ocurrió?

—Estabas preparando té —dijo Stephen— y cruzaste el rellano para buscar más agua caliente. Tu madre y una visita salieron del cuarto de estar y ella preguntó quién estaba en tu habitación.

—¿Sí? —añadió Mulligan—. ¿Qué dije? Lo he olvidado.

—Dijiste —respondió Stephen—: *Oh, sólo es Dedalus, cuya madre acaba de estirar la pata.*

Un rubor que lo hizo parecer más joven y agradable subió hasta las mejillas de Buck Mulligan.

—¿Dije yo eso? —preguntó—. Bueno, ¿y qué tiene de malo? Se despojaba, nervioso, de la cohibición.

—¿Y qué es la muerte? —preguntó—. ¿La de tu madre, la tuya o la mía? Tú sólo has visto morir a tu madre. Yo los veo irse al otro barrio todos los días en el Mater y en el Richmond y cortados en rodajas en la sala de disección. Es algo bestial y se acabó. Sencillamente, carece de importancia. Tú no quisiste arrodillarte y rezar por tu madre, cuando te lo pidió, en su lecho mortuario. ¿Por qué? Porque llevas dentro esa maldita vena jesuítica; sólo, que inyectada al revés. Para mí todo eso es ridículo y bestial. A ella no le funcionan los lóbulos cerebrales. Llama al doctor Sir Peter Teazle y recoge ranúnculos de su edredón. Complácela hasta que haya acabado. Tú le denegaste su último deseo y, sin embargo, te enfurruñas conmigo porque no gimo como una plañidera profesional de la funeraria Lalouette. ¡Qué absurdo! Puede que yo dijera eso, pero no tenía intención de vejar la memoria de tu madre.

Había ido cobrando audacia a medida que hablaba. Para impedirle reabrir las heridas que sus palabras habían dejado en su corazón, Stephen dijo con tono glacial:

—No me refiero a la ofensa a mi madre.

—¿A qué, entonces? —preguntó Buck Mulligan.

—A la ofensa para mí —respondió Stephen.

Buck Mulligan giró sobre sus talones.

—¡Oh, qué ser más insoportable!

Dio la vuelta a toda prisa al parapeto. Stephen no se movió de su sitio y siguió contemplando, por sobre el mar calmo, el promontorio. El mar y el promontorio estaban obscureciéndose. El pulso le latía en los ojos y le nublabla la visión y sentía la fiebre en las mejillas.

Una voz de dentro de la torre llamó a gritos:

—¿Estás ahí arriba, Mulligan?

—Ya voy —respondió Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y dijo:

—Mira el mar. ¿Acaso le importan las ofensas? Olvídate de Loyola, Kinch, y baja. El hijo de la Gran Bretaña quiere sus lonchas de *bacon* matinales.

Se detuvo un momento en lo alto de la escalera, con la cabeza a la altura del techo:

—No te tires todo el día presa de la apatía —dijo—. Yo no soy consecuente. No te hundas en tristes cavilaciones.

Su cabeza desapareció, pero el rumor de su voz, al bajar, resonó desde la escalera:

—*Y deja de apartarte y cavilar*

Sobre el amargo misterio del amor,

Pues Fergus conduce los carros bronceados.

Las sombras de los bosques pasaban, flotando quedas, por la paz matinal desde la escalera hacia el mar que contemplaba Stephen. En la costa y mar adentro, blanqueaba el espejo acuático, hollado por pies ligeros y presurosos. El busto blanco del mar nebuloso. Ritmos entrelazados de dos en dos: una mano que rasguea las cuerdas del arpa mezclando sus acordes serpenteantes, palabras maridadas en oleadas blancas y rielando con la mortecina marea.

Una nube empezó a cubrir despacio el sol del todo y ensombreció la bahía con un verde más intenso. Se encontraba detrás de él, como un cuenco de aguas amargas. La canción de Fergus: yo la cantaba solo en la casa, manteniendo quedos los largos acordes sombríos. La puerta de ella estaba abierta: quería oír mi música. Lloraba en su miserable cama. Por esas palabras, Stephen: el amargo misterio del amor.

Y ahora, ¿dónde?

Sus secretos: viejos abanicos de plumas, programas de baile con borlas y empolvados con almizcle, un adorno de abalorios

ambarinos en su cajón cerrado. Cuando era una niña, una jaula de pájaro colgaba en la soleada ventana de su casa. Había oído cantar al viejo Royce en la pantomima de *Turko el Terrible* y había reído, junto con los demás, cuando éste cantaba:

*Soy el muchacho
Dotado con el don
De la invisibilidad.*

Júbilo fantasmal, doblado y guardado: perfumado con almizcle.

Y deja de apartarte y cavilar.

Doblado y guardado en el recuerdo de la naturaleza, junto con sus juguetes. Los recuerdos asediaban la desasosegada cabeza de él: el vaso de agua del grifo de la cocina que ella bebía tras haber recibido la comunión; una manzana vaciada de su corazón y rellena de azúcar moreno, asándose para ella en el fogón en una oscura noche de otoño; sus uñas bien arregladas, enrojecidas por la sangre de los piojos estrujados en las camisitas de los niños.

En un sueño, se le había aparecido, en silencio, con su consumido cuerpo dentro de su mortaja holgada, que despedía un olor a cera y palo de rosa, y su aliento, inclinado hacia él con quedas palabras secretas, tenía un tenue olor a ceniza húmeda.

Sus ojos vidriosos, que sólo miraban fijamente a mí desde la muerte para estremecer y doblegar mi alma. La vela espectral para iluminar su agonía, una luz fantasmal en el rostro torturado. Su ronco y sonoro aliento, que castañeteaba de horror, mientras todos rezaban arrodillados. Sus ojos clavados en mí para fulminarme. *Liliata rutilantium te confessorum turma circundet: iubilantium te virginum chorus excipiat.*

¡Vampiro! ¡Devoracadáveres!

No, madre. Déjame en paz y déjame vivir.

—¡Eh, Kinch!

La voz de Buck Mulligan resonó desde dentro de la torre. Se acercó desde lo alto de la escalera para volver a llamarlo. Stephen, que aún temblaba con el llanto de su alma, sintió el cálido curso de la luz solar y en el aire, tras él, palabras amistosas.

—Dedalus, baja ya, hombre, que el desayuno está listo y Haines está disculpándose por habernos despertado anoche. No hay problema.

—Ya voy —dijo Stephen, tras dar media vuelta.

—Sí, por el amor de Cristo —dijo Buck Mulligan—. Hazlo por mí y por todos nosotros.

Su cabeza desapareció y reapareció.

—Le he explicado tu símbolo del arte irlandés. Dice que está muy logrado. Sácale un billete verde, ¿eh? Una guinea, quiero decir.

—Esta mañana voy a cobrar —dijo Stephen.

—¿El currelo de la escuela? —dijo Buck Mulligan—. ¿Cuánto? ¿Cuatro billetes verdes? Préstale uno a mi menda.

—Si lo necesitas... —dijo Stephen.

—¡Cuatro relucientes soberanos! —exclamó Buck Mulligan, encantado—. Cogemos una curda estupenda para dejar atónitos a los drúidicos druidas. Cuatro soberanos omnipotentes.

Levantó las manos y bajó con fuertes pisadas la escalera de piedra, mientras cantaba desafinando y con acento barriobajero:

—¡Ah, qué bien lo vamos a pasar

Bebiendo whiskey, cerveza y vino!

¡El día de la Coronación!

¡Sí, el día de la Coronación!

¡Ah, qué bien lo vamos a pasar

El día de la Coronación!

Una cálida luz solar tornasolaba el mar. El cuenco de afeitar de níquel brillaba, olvidado, en el parapeto. ¿Debería bajarlo? ¿O dejarlo todo el día ahí, amistad olvidada?

Se acercó hasta él, lo sostuvo entre las manos unos instantes, sintiendo su frescor, oliendo la húmeda baba de espuma en la que la brocha estaba inmersa. Así llevaba yo el incensario en Clongowes. Ahora soy otro y, sin embargo, el mismo. También un servidor, un servidor de un sirviente.

En el oscuro salón abovedado de la torre, la silueta con bata de Buck Mulligan se movía, presurosa, de aquí para allá en torno al hogar, ocultando y revelando su amarillo resplandor. Dos rayos de la tenue luz del día caían en el suelo enlosado desde las altas barbacanas y en su intersección flotaba, girando, una nube de humo de carbón y de grasa frita.

—Vamos a asfixiarnos —dijo Buck Mulligan—. Haines, abre esa puerta, haz el favor.

Stephen dejó el cuenco de afeitar sobre la fresquera. Una figura alta se levantó de la hamaca en la que había estado sentada, se acercó al umbral y abrió la puerta interior.

—¿Tienes la llave? —preguntó una voz.

—La tiene Dedalus —dijo Buck Mulligan—. ¡Huy, la Virgen! Estoy asfixiándome.

Gritó sin levantar la vista del fuego:

—¡Kinch!

—Está en la cerradura —dijo Stephen, mientras avanzaba.

La llave giró dos veces entre chirridos y, cuando la pesada puerta quedó entornada, entraron la luz y el aire límpido, tan ansiados. Haines estaba en la puerta y mirando afuera. Stephen arrastró su maleta en posición vertical hasta la mesa y se sentó a esperar. Buck Mulligan echó la fritada en la fuente que tenía al lado y después la llevó, junto con una gran tetera, hasta la mesa, la descargó como si fuera muy pesada y suspiró, aliviado.

—Estoy, que me derrito —explicó—, como dijo la vela, cuando... pero, ¡chis! ¡Ni una palabra más a ese respecto! Kinch, ¡despierta! Pan, mantequilla, miel. Haines, entra. La manduca está lista. Bendecidnos, Señor, junto con estos dones Vuestros. ¿Dónde está el azúcar? Pero, joder, si no hay leche.

Stephen fue a buscar la hogaza, el tarro de miel y la mantequilla de la fresquera. Buck Mulligan se sentó, de repente malhumorado.

—¡Hay que ver qué cachondeo! —dijo—. Pero, ¡si quedamos en que viniera a partir de las ocho!

—Podemos beber el té solo —dijo Stephen—. En la fresquera hay un limón.

—¡Venga ya! Déjate de cursilerías parisinas —dijo Buck Mulligan—. Yo quiero leche de Sandycove.

Haines se acercó desde el umbral y dijo con voz calma:

—Ya llega esa mujer con la leche.

—¡Dios te bendiga! —exclamó Buck Mulligan y se levantó de su silla—. Siéntate. Vierte el té ahí. El azúcar está en la bolsa. Venga, que ya estoy harto de manosear estos puñeteros huevos.

Partió a tajos en tres la fritada de la fuente y echó un trozo en cada uno de los platos, al tiempo que decía:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Haines se sentó para verter el té.

—Voy a daros dos terrones a cada uno —dijo—, pero, oye, Mulligan, ¡qué té más fuerte que haces, eh!

Mientras cortaba rebanadas de la hogaza, Buck Mulligan dijo con voz de anciana zalamera:

—Cuando hago té, hago té, como decía la anciana tía Grogan, y, cuando hago aguas, pues... hago aguas.

—¡Huy, qué té! —dijo Haines.

Buck Mulligan siguió cortando y diciendo con la misma voz:

—*Y yo también, señora Cabill, va y le dice, y quiera Dios, va y dice la señora Cahill, que no se le ocurra hacer las dos cosas en un mismo recipiente.*

Por turno, alargó, muy decidido, una gruesa rebanada de pan, ensartada en el cuchillo, a cada uno de sus compañeros de comedor.

—Ahí tienes personajes —dijo, muy serio— para tu libro, Haines. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas sobre las

gentes y las divinidades pisciformes de Dundrum, publicado por las hermanas hechiceras en el año del vendaval.

Se volvió hacia Stephen y le preguntó con una exquisita voz intrigada y las cejas arqueadas:

—¿Recuerdas, compadre, si es en el *Mabinogion* o en los *Upa-nishads* donde se habla del recipiente para el té y para las aguas de la tía Grogan?

—Lo dudo —dijo Stephen, muy serio.

—O sea, ¿que lo dudas? —dijo Buck Mulligan con el mismo tono—. ¿En qué te basas? Ten la bondad.

—Me figuro —dijo Stephen, sin dejar de comer— que no existe ni en el *Mabinogion* ni fuera de él. La tía Grogan era, como es de suponer, pariente de Mary Ann.

El rostro de Buck Mulligan sonrió, encantado.

—¡Delicioso! —dijo con voz dulce y melindrosa, enseñando sus blancos dientes y parpadeando con simpatía—. ¿Eso crees de verdad?

Es lo que se dice delicioso.

Después, ensombreciendo de pronto todas sus facciones, gruñó con voz ronca y áspera, mientras volvía a cortar vigorosamente rebanadas de la hogaza:

—*Pues a la vieja Mary Ann
Los cotilleos tanto le dan,
Pero, levantándose la enagua...*

Tras llenarse la boca con fritura, masticaba y mascullaba.

El umbral se obscureció con la entrada de una silueta.

—La leche, señor.

—Adelante, señora —dijo Mulligan—. Kinch, trae la jarra. Entró una anciana y se quedó junto a Stephen.

—Es una mañana preciosa, señor —dijo—. Loado sea Dios.

—¿Quién? —dijo Mulligan y se quedó mirándola—. Ah, sí, desde luego.

Stephen alargó la mano tras sí y cogió la jarra de la leche de la fresquera.

—Los isleños —dijo Mulligan a Haines como de pasada— hablan con frecuencia del recolector de prepucios.

—¿Cuánta, señor? —preguntó la anciana.

—Un litro —dijo Stephen.

La contempló, mientras vertía en el recipiente de medida y de éste a la jarra una leche blanca y espesa, no precisamente suya: viejas pechugas marchitas. Volvió a verter el recipiente de medida, más una propina. Había entrado, anciana y misteriosa, procedente de un mundo mañanero, como una mensajera tal vez. Alababa la calidad de la leche, mientras la vertía. Se agachaba al amanecer junto a una paciente vaca en el copioso pastizal, como una maga en su taburete con forma de hongo, con sus arrugados dedos ordeñando, presurosos, las ubres chorreantes. Aquellas rumiantes, cubiertas de un rocío sedoso, la recibían con mugidos, al reconocerla. Perla del hato y pobre anciana, como la llamaban en tiempos antiguos. Hechicera errabunda, forma inferior de una inmortal servidora de su conquistador y su despreocupado traidor, barragana de los dos, mensajera de la mañana secreta: no habría sabido decir Stephen si para servir o para recriminar, pero desdenaba mendigar su favor.

—Así es, en efecto, señora —dijo Buck Mulligan, mientras vertía leche en sus tazas.

—Pruébela, señor —dijo ella.

Él la obedeció y bebió.

—Si al menos pudiéramos mantenernos con alimentos tan buenos como éste —le dijo alzando un poco la voz—, no tendríamos el país lleno de dientes cariados e intestinos podridos por vivir en ciénagas y comer alimentos de mala calidad y con calles cubiertas de polvo, boñigas de caballo y escupitajos de tuberculosos.

—¿Es usted estudiante de Medicina, señor? —preguntó la anciana señora.

—Así es, señora —respondió Buck Mulligan.

—Mire qué bien —dijo ella.

Stephen escuchaba sumido en un silencio desdeñoso. Ella inclina su anciana cabeza ante quien le levanta la voz, su medicastro, su curandero, y a mí me menosprecia; la inclina ante la voz que la confesará y ungirá para la tumba, todo lo que de ella queda, excepto sus impuros genitales de mujer, de la carne del hombre hecha, pero no a imagen y semejanza de Dios, presa de la serpiente, y ante la estridente voz que ahora le ruega silencio con mirada perpleja y vacilante.

—¿Entiende usted lo que dice? —le preguntó Stephen.

—¿Habla usted en francés, señor? —dijo la anciana a Haines.

Haines volvió a hablarle, una parrafada más larga y con confianza.

—Irlandés —dijo Buck Mulligan—. ¿Entiende usted algo del gaélico?

—Ya me parecía —dijo ella— por el sonido. ¿Es usted del Oeste, señor?

—Soy inglés —respondió Haines.

—Es inglés —dijo Buck Mulligan— y cree que en Irlanda deberíamos hablar irlandés.

—Ya lo creo que deberíamos —dijo la anciana— y me da vergüenza no hablarlo yo misma. Según me han dicho los que la conocen, es una lengua espléndida.

—Espléndida no es la palabra idónea —dijo Buck Mulligan—, sino lo que se dice maravillosa. Sirvenos un poco más de té, Kinch. ¿Le apetece una taza, señora?

—No, gracias, señor —dijo la anciana, al tiempo que se deslizaba el asa de la lechera en el antebrazo y se disponía a marcharse.

Haines le dijo:

—¿Ha traído usted la cuenta? Deberíamos pagarle ya, ¿no, Mulligan?

Stephen volvió a llenar las tres tazas.

—¿La cuenta, dice usted? —dijo con tono vacilante—. Pues siete mañanas a dos peniques la pinta son siete doses que hacen

un chelín y dos peniques y estas tres mañanas a cuatro peniques el litro, como son tres litros, hacen un chelín y uno más un chelín y dos peniques que hacen dos con dos, señor.

Buck Mulligan suspiró y, tras llenarse la boca con una corteza untada de una gruesa capa de mantequilla por las dos caras, extendió las piernas y se puso a buscar en los bolsillos de su pantalón.

—Paga y pon buena cara —le dijo Haines con una sonrisa.

Stephen llenó una tercera taza, en la que una cucharada de té coloreaba tenuemente la rica y espesa leche. Buck Mulligan sacó un florín, lo hizo girar en torno a sus dedos y exclamó:

—¡Un milagro!

Lo envió a lo largo de la mesa a la anciana y dijo:

—*Te he dado todo lo que he podido.*

No me pidas nada más, amor.

Stephen dejó la moneda en la vacilante mano de ella.

—Vamos a dejarle a deber dos peniques —dijo.

—No corre prisa —dijo ella, al tiempo que cogía la moneda—. No corre prisa. Buenos días, señor.

Hizo una reverencia y salió, seguida por el tierno canto de Buck Mulligan:

—*Corazón mío, si hubiera habido más,*

Tanto más habría puesto a tus pies.

Se volvió hacia Stephen y añadió:

—En serio, Dedalus, estoy sin blanca. Corre a tu puta escuela y tráele algo de dinero a mi menda. Hoy los bardos han de beber e ir de juerga. Irlanda espera que todos los hombres cumplan hoy con su deber.

—Eso me recuerda —dijo Haines, al tiempo que se levantaba— que hoy debo visitar vuestra Biblioteca Nacional.

—Pero primero nuestro chapuzón —dijo Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y le preguntó con tono afable:

—¿Es hoy el día en que te das tu baño mensual, Kinch?

Después añadió para Haines:

—El bardo impuro tiene a gala bañarse una vez al mes.

—Toda Irlanda está bañada por la corriente del Golfo —dijo Stephen, mientras derramaba miel sobre una rebanada de la hogaza.

Desde el rincón en que estaba anudándose con destreza un pañuelo en torno al cuello suelto de su camisa de tenis, Haines habló así:

—Si me lo permites, me propongo recopilar tus dichos.

Me habla a mí. Se lavan, se bañan y se frotan. Corazón contrito, conciencia. Aun así, queda una mácula.

—La del espejo agrietado de una sirvienta como símbolo del arte irlandés es una ocurrencia estupendísima.

Buck Mulligan pisó el pie de Stephen bajo la mesa y le dijo en tono cordial:

—Pues espera a oírlo hablar de Hamlet, Haines.

—Es que lo digo en serio —dijo Haines, dirigiéndose aún a Stephen—. Estaba pensándolo precisamente cuando ha entrado esa pobre anciana.

—¿Ganaría yo dinero con eso? —preguntó Stephen.

Haines se rió y, mientras cogía su sombrero de fieltro gris del gancho de la hamaca, dijo:

—La verdad es que no lo sé.

Se dirigió hacia la puerta. Buck Mulligan se inclinó hacia Stephen y dijo con tono áspero:

—Esta vez has metido la pata. ¿Por qué has dicho eso?

—¿Y qué? —dijo Stephen—. El problema es conseguir dinero. ¿De quién? De la lechera o de él. A cara o cruz, creo yo.

—Te pongo por las nubes ante él —dijo Buck Mulligan— y después vas tú y me sales con tus horribles miradas de reojo y tus tétricas bromas de jesuita.

—No espero gran cosa —dijo Stephen— ni de ella ni de él.

Buck Mulligan lanzó un suspiro trágico y puso la mano en el brazo de Stephen.

—De mí, Kinch —dijo.

Con un repentino cambio de tono, añadió:

—A decir verdad, creo que tienes razón. Es para lo único que valen, esos desgraciados. ¿Por qué no te burlas de ellos, como lo hago yo? Que les den por saco. Vámonos de semejante burdel.

Se levantó, se desabrochó, muy serio, el cinturón y se quitó la bata, al tiempo que decía, resignado:

—Mulligan desvestido.

Vació el contenido de sus bolsillos en la mesa.

—Aquí está tu moquero —dijo.

Y, tras ponerse su cuello duro y su rebelde corbata, les habló, para reprenderlos, y también a la colgante cadena de su reloj. Sus manos se internaron y hurgaron en su baúl, mientras pedía un pañuelo limpio. Corazón contrito. Dios mío, tendremos que vestir al personaje, sencillamente. Necesito unos guantes morados y unos zapatos verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Muy bien, entonces me contradigo. Malachi el Mercurial. Un proyectil negro y flexible salió disparado de sus elocuentes manos.

—Y aquí está tu sombrero del Barrio Latino —dijo.

Stephen lo cogió y se lo puso. Haines los llamó desde la puerta:

—¿Venís, chicos?

—Yo estoy listo —respondió Buck Mulligan, mientras se dirigía a la puerta—. Sal, Kinch. Supongo que te habrás comido todo lo que hemos dejado.

Resignado, cruzó el umbral, hablando y caminando muy serio y diciendo, casi apenado:

—Y, tras salir, se encontró con Butterly.

Stephen recogió su bastón de fresno apoyado en la pared y los siguió y, mientras los otros bajaban por la escalera, tiró de la lenta puerta de hierro y la cerró. Se guardó la enorme llave en el bolsillo interior.

Al pie de la escalera, Buck Mulligan le preguntó:

—¿Has cogido la llave?

—Aquí la tengo —dijo Stephen, mientras se situaba por delante de ellos.

Siguió su camino. Tras él oía a Buck Mulligan azotar con su pesada toalla de baño los tallos más altos de los helechos o de las hierbas.

—¡Alto, señor! ¿Cómo se atreve?

Haines preguntó:

—¿Pagáis un alquiler por esta torre?

—Doce billetes verdes —respondió Buck Mulligan.

—Al ministro de la Guerra —añadió Stephen por encima del hombro.

Se detuvieron, mientras Haines contemplaba la torre y dijo por fin:

—Bastante lúgubre en invierno, me parece. ¿Martello la llamáis?

—Las mandó construir Billy Pitt —explicó Buck Mulligan—, cuando los franceses eran los amos del mar, pero la nuestra es el *ónfalos*.

—¿Cuál es tu interpretación de Hamlet? —preguntó Haines a Stephen.

—No, no —gritó Buck Mulligan de dolor—. No estoy a la altura de Tomás de Aquino y las cincuenta y cinco razones que ideó para sostener su tesis. Espera a que me haya metido primero unas cuantas pintas entre pecho y espalda.

Se volvió hacia Stephen y dijo, mientras se bajaba con pulcritud las puntas de su chaleco amarillo pálido:

—Tú no podrías con menos de tres pintas, ¿verdad, Kinch?

—Se ha demorado tanto tiempo —dijo Stephen con apatía—, que puede esperar más.

—Me has picado la curiosidad —dijo Haines en tono amable—. ¿Es alguna paradoja?

—¡Uf! —dijo Buck Mulligan—. Ya somos mayorcitos para seguir con Wilde y las paradojas. Es muy sencillo. Demuestra mediante el álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare y que él mismo es el espectro de su padre.

—¿Cómo? —dijo Haines y señaló a Stephen—. ¿Él mismo?

Buck Mulligan se echó la toalla en torno al cuello, a modo de estola, y dijo, entre carcajadas, al oído de Stephen:

—¡Oh, sombra de Kinch el viejo! ¡Jafet en busca de un padre!

—Por la mañana siempre estamos cansados —dijo Stephen a Haines— y se trata de una historia bastante larga.

Tras reanudar el paso, Buck Mulligan levantó las manos.

—Sólo la sagrada pinta puede desatar la lengua de Dedalus —dijo.

—Lo que quiero decir —explicó Haines a Stephen, mientras seguían— es que esta torre y estos acantilados me recuerdan en cierto modo a Elsinore, *que descuella sobre su base dentro del mar*, ¿verdad?

Buck Mulligan se volvió de pronto hacia Stephen un momento, pero no habló. En aquel instante de silencio luminoso, Stephen vio su propia imagen con su polvorienta y pobretona ropa de luto entre los alegres atuendos de los otros.

—Es un relato maravilloso —dijo Haines, con lo que los hizo detenerse de nuevo.

Ojos pálidos como el mar que el viento había refrescado, más pálidos, firmes y prudentes. Señor del mar, miraba al Sur por sobre la bahía, vacía, exceptuado el penacho de humo del barco-correo, borroso en el radiante horizonte, y una vela que bordeaba los Muglins.

—En algún sitio he leído una interpretación teológica —dijo, pensativo—. La idea del Padre y el Hijo y del Hijo esforzándose por reconciliarse con el Padre.

Buck Mulligan puso al instante una expresión alegre y una ancha sonrisa. Los miró con su bien formada boca abierta de satisfacción y sus ojos, de los que había eliminado de pronto muestra alguna de astucia, parpadeaban con un júbilo desbordante. Con su cabeza de muñeco balanceándose y las alas de su sombrero de Panamá estre-meciéndose, comenzó a cantar con voz apacible, dichosa y absurda:

—*Soy el joven más raro que jamás hayáis oído.*

Mi madre es judía y mi padre un pájaro.

*Con José el carpintero no me entiendo,
Conque brindo por los discípulos y el Calvario.
Levantó un dedo índice en señal de advertencia.*

*—Si alguien cree que no soy divino,
No recibirá tragos gratis, cuando haga el vino,
Y tendrá que beber agua, que deseará clara,
La que hago cuando el vino vuelve a ser agua.*

Tiró, rápido, del bastón de fresno de Stephen para despedirse y, tras correr hacia el borde del acantilado, movió las manos a sus costados como aletas o alas, cual si fuera a levantar el vuelo, y cantó:

*—Adiós, ahora, adiós. Escribid todo lo que dije
Y contad a todo el mundo cómo resucité.
Con la astilla de tal palo, vaya si ascenderé,
Y la brisa del Monte de los Olivos... Adiós, pues.*

Retozó delante de ellos hacia el hoyo de cuarenta pies aleteando con las manos, saltando con agilidad, como un pétaso de Mercurio estremecido por el viento frío que les devolvía sus breves gorjeos.

Haines, quien había estado riendo quedo, dijo, mientras caminaba al lado de Stephen:

—No deberíamos reírnos, supongo. Es bastante blasfemo. No es que yo sea creyente, desde luego, si bien su regocijo lo vuelve en cierto modo inofensivo, ¿no? ¿Cómo lo ha llamado? ¿José el Carpintero?

—La balada del Jesús burlón —respondió Stephen.

—¡Ah! —dijo Haines—. ¿Ya lo habías oído?

—Tres veces al día, después de las comidas —dijo Stephen, lacónico.

—Entonces, ¿no eres creyente? —preguntó Haines—. Quiero decir, creyente en el sentido estricto de la palabra: creación de la nada, milagros y un Dios personal.

—A mí me parece que sólo hay un sentido de esa palabra —dijo Stephen.

Haines se detuvo para sacar un estuche de plata pulida en el que brillaba una piedra verde. Lo abrió con el pulgar y se lo ofreció.

—Gracias —dijo Stephen y tomó un cigarrillo.

Haines hizo lo propio y lo cerró con un chasquido. Volvió a guardárselo en el bolsillo lateral y del bolsillo de su chaleco sacó un encendedor de níquel, lo abrió del mismo modo y, tras haber encendido su cigarrillo, ofreció la llama de la mecha a Stephen protegida con el hueco de las manos.

—Sí, desde luego —dijo, mientras reanudaban el paso—: o crees o no, ¿verdad? Personalmente, yo no podría tragar esa idea de un Dios personal. Tú no debes de aceptar eso, ¿no?

—Tienes ante ti —dijo Stephen, contrariado y adusto— un horrible ejemplo de librepensador.

Siguió adelante, esperando a que hablara el otro y arrastrando su bastón de fresno. Su virola de hierro rozaba ligeramente el sendero y chirriaba tras sus talones: mi duende familiar, que me sigue y me llama Steeeeeeeeeephen, un rastro oscilante a lo largo del sendero. Esta noche lo pisarán, al volver a obscuras. Él quiere esa llave, que es mía, porque pagué el alquiler. Ahora yo como su pan salado. Dale la llave también, todo. Me la pedirá. Se lo he visto en los ojos.

—Al fin y al cabo... —comenzó Haines.

Stephen se volvió y vio que la fría mirada inquisitiva que se había quedado escrutándolo no era del todo cruel.

—Al fin y al cabo, creo que eres capaz de liberarte. Me parece que eres dueño de ti mismo.

—Soy el criado de dos amos —dijo Stephen—: un inglés y una italiana.

—¿Italiana? —dijo Haines.

Una reina loca, vieja y celosa. Arrodiíllate ante mí.

—Y un tercero —dijo Stephen— que me necesita para que le haga chapuzas.

—¿Italiana? —repitió Haines—. ¿Qué quieres decir?

—El Imperio británico —respondió Stephen, ruborizado— y la Santa Iglesia Católica y Apostólica.

Antes de hablar, Haines se quitó unas fibras de tabaco del labio inferior.

—Te comprendo enteramente —dijo con calma—. Un irlandés ha de tener esa opinión, me parece a mí. En Inglaterra tenemos la sensación de haberos tratado injustamente. La culpa parece ser de la Historia.

Los altivos y potentes títulos hacían resonar con estruendo en el recuerdo de Stephen el triunfo de sus metálicas campanas: *et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesiam*, con el crecimiento y el cambio, tan lentos, de ritos y dogmas, como sus propios pensamientos poco comunes, cual química de estrellas. Las voces, símbolo de los apóstoles en la misa por el Papa Marcelo, se combinaban en una sola y cantaban con una afirmación y, tras su canto, el ángel custodio de la iglesia militante desarmaba y amenazaba a sus heresiarcas. Una horda de herejías huían con las mitras ladeadas: Focio y la prole de burlones, a la que pertenecía Mulligan; Arrio, que pasó toda su vida batallando contra la consubstancialidad del Hijo y del Padre; Valentín, quien desdeñaba el cuerpo terrenal de Cristo; y el sutil heresiarca africano Sabelio, quien sostenía que el Padre era Él Mismo Su propio Hijo, palabras que Mulligan había pronunciado hacía un momento en tono de burla ante el extranjero: burla vana. El vacío espera, con toda seguridad, a todos cuantos tejen con viento: una amenaza, un desarme y una derrota infligidos por esos aguerridos ángeles de la Iglesia, la hueste de Miguel, que siempre la defienden en la hora del conflicto con sus lanzas y escudos.

¡Bravo! ¡Bravo! Aplauso prolongado. *Zut! Nom de dieu!*

—Desde luego, soy británico —dijo la voz de Haines— y como tal pienso. Tampoco quiero ver a mi país caer en manos de judíos alemanes. Ése es, me temo, nuestro problema nacional en este momento.

Al borde del acantilado había dos hombres contemplando: un empresario y un marino.

—Se dirige hacia el puerto de Bullock.

El marino señaló el Norte con la cabeza y cierto desdén.

—Por allí hay cinco brazas —dijo—. Se verá arrastrado hacia allí cuando suba la marea a la una, más o menos. Hoy hace nueve días.

El hombre que se ahogó. Una vela virando por la bahía blanca en espera de que apareciese un fardo hinchado y se diera la vuelta con su abotargado rostro, blanco de sal, cara al sol. Aquí estoy.

Siguieron el sendero serpenteante hasta la cala. Buck Mulligan estaba subido a una roca, en mangas de camisa y con la corbata suelta ondulando por sobre el hombro. Un joven aferrado a un espolón de roca cercano movía despacio, como una rana, sus verdes piernas en las gelatinosas profundidades del agua.

—¿Está contigo tu hermano, Malachi?

—Está en Westmeath, con los Bannon.

—¿Sigues allí? He recibido una postal de Bannon. Dice que ha conocido a una personita muy maja por allí. La llama la chica de las fotos.

—Una instantánea, ¿eh? Exposición breve.

Buck Mulligan se sentó para desatarse los zapatos. Un anciano salió a la superficie cerca del espolón con cara rojiza y resoplando. Trepó por entre las rocas, con la calva y la guirnalda de pelo gris brillantes del agua que le chorreaba por el pecho y la barriga y se derramaba desde su negro taparrabos colgante.

Buck Mulligan se apartó para que pasara y, mirando a Haines y Stephen, se santiguó, piadoso, con la uña del pulgar en la frente, los labios y el esternón.

—Seymour está de regreso en la ciudad —dijo el joven, al tiempo que se asía al espolón de roca—. Ha abandonado la Medicina y se va a meter en el Ejército.

—¡Huy, la Virgen! —dijo Buck Mulligan.

—La semana que viene empezará a pringarla. ¿Conoces a esa chica pelirroja de Carlisle, Lily?

—Sí.

—Anoche estaba dándose el lote con él en el malecón. El padre está forrado de dinero.

—¿Está preñada?

—Será mejor que se lo preguntes a Seymour.

—Seymour, ¡valiente capullo de oficial! —dijo Buck Mulligan. Asintió con la cabeza para sí, mientras se quitaba los pantalones, se levantó y dijo, sin la menor originalidad:

—Las pelirrojas son más putas que las gallinas.

Se interrumpió, alarmado y palpándose el costado bajo la camisa ondeante.

—He perdido mi duodécima costilla —exclamó—. Soy el *Übermensch*. El desdentado Kinch y yo somos los superhombres.

Consiguió con esfuerzo quitarse la camisa y la arrojó detrás de él sobre el montón de su ropa.

—¿Vas a meterte, Malachi?

—Sí, haz sitio.

El joven se lanzó de espaldas por el agua y alcanzó el centro de la cala con dos brazadas largas e impecables. Haines se sentó en una roca a fumar.

—¿No vienes? —preguntó Buck Mulligan.

—Más tarde —dijo Haines—, que acabo de desayunar.

Stephen dio media vuelta.

—Me marchó, Mulligan —dijo.

—Dale la llave a mi menda, Kinch —dijo Buck Mulligan—, para que no se vuele mi camisa.

Stephen le entregó la llave y Buck Mulligan la dejó sobre el montón de su ropa.

—Y dos peniques —dijo— para una pinta. Tíralos ahí.

Stephen arrojó dos peniques al blando montón. Vestirse y desvestirse. Buck Mulligan, derecho y con las manos juntas delante de él, dijo, solemne:

—Quien roba a los pobres presta al Señor. Así habló Zarastustra.

Su rollizo cuerpo se zambulló.

—Nos vemos —dijo Haines, mientras se volvía hacia Stephen, cuando éste caminaba por el sendero, y sonreía a aquel irlandés exaltado.

Cuerno de toro, casco de caballo, sonrisa de sajón.

—En *The Ship* —gritó Buck Mulligan— a las doce y media.

—De acuerdo —dijo Stephen.

Siguió subiendo por el sinuoso sendero.

*Liliata rutilantium,
Turma circumdet.
Iubilantium te virginum.*

La aureola gris del sacerdote en un nicho en el que se vestía, discreto. No dormiré aquí esta noche. Tampoco puedo ir a casa.

Una voz con tono dulce y sostenido lo llamó desde el mar. Al torcer en la curva, saludó con la mano. Volvió a llamarlo. Una lustrosa cabeza de color carmelita, de foca, lejos en el agua, redonda.

Usurpador.